

Prof. Dr. Miguel Manzur (1918-2012)



Figura 1. Prof. Dr. Miguel Manzur

Miguel Manzur nació el 3 de julio de 1918, en la ciudad de Córdoba. Era el segundo de los seis hijos de Ayey Manzur y Sarafet Lahiz, un matrimonio de inmigrantes libaneses del pueblo de Ras Baalbeck, dedicados al comercio de ramos generales.

Miguel curso sus estudios primarios en un colegio provincial ya desaparecido, al que todos conocían como “Colegio de la rata” y sus estudios secundarios en el Colegio Montserrat, del cual egreso en el año 1937 con el título de Bachiller Humanista, destacándose en matemáticas y álgebra. Alentado por sus profesores a estudiar

ingeniería, fue a inscribirse en dicha carrera, pero cambió rápidamente de idea al observar un examen de algebra y sin tener muy en claro su vocación, se matricula en la carrera de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba.

Por aquellos años, mientras estudiaba, fallece su padre.

En abril de 1945, obtuvo su título de Médico Cirujano. Fue practicante menor y luego mayor del reconocido semiólogo Ramón “Chino” Navarro.

Se formó en Clínica Médica en la sala 8 del Hospital Nacional de Clínicas junto a grandes internistas como Temístocles Castellano, García Faure y Ramón Brandan, a quien siempre considero su maestro. Al jubilarse el Dr. Brandan asume como Profesor Adjunto a cargo de la Cátedra de Clínica Médica en el Hospital Nacional de Clínicas en el año 1955, hasta que por razones políticas fue separado de su cargo. Ese año y gracias a sus conocimientos del idioma alemán, obtuvo una beca como médico asistente en la Segunda Cátedra de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Múnich, donde permaneció hasta junio de 1956.

Debido a la situación aún inestable de la Argentina, decidió establecerse en la tierra de sus padres, en busca de un nuevo ámbito laboral. En ese país conoció a una joven libanesa Wadad Gemayel, con quien se casó antes de su regreso. Junto a su esposa formaron una familia de cinco hijos y tres nietas. Disfrutaba despertarse muy temprano para desayunar tranquilo y leer el diario. Le gustaba regar las plantas y vigilar con sigilo como maduraban las brevas de una gran higuera ubicada al fondo del jardín. Era amante de la música clásica, en especial de Beethoven. Dedicaba aproximadamente cinco horas diarias a la lectura

no solamente libros de medicina, sino también de historia y arte, especialmente pintura.

Hablaba con fluidez alemán, francés y árabe.

Ejerció la medicina y la docencia universitaria hasta los 90 años.

Falleció el 22 de diciembre de 2012 a los 94 años de edad, su última voluntad fue ser sepultado con su guardapolvo blanco, cuyo bolsillo superior tenía bordado “Prof. Dr. Miguel Manzur”.

¿Cuál era su concepto de la educación médica?

“Sostuvo siempre el concepto que el aprendizaje y la acumulación de conocimientos y experiencias en Clínica Médica tienen dos fundamentos básicos y esenciales:

- la actualización permanente y,
- la enseñanza a la cabecera del enfermo.

Afirmó que la experiencia en el internista se fundamenta no solo en los aciertos diagnósticos sino también de los errores cometidos.

Defendió fielmente la elaboración de una correcta y lo más completa posible Historia Clínica.

Durante su larga actividad docente fue testigo de las deficiencias, groseros errores y grandes vacíos en el aprendizaje clínico.

Consideró que para asumir el delicado compromiso de enseñar Clínica Médica se debe contar con Hospitales adecuados y provistos de los instrumentales modernos necesarios para un correcto diagnóstico.

Fomentó como una necesidad en el aprendizaje la colaboración de profesionales expertos en otras áreas de la medicina.

Finalmente, consideraba como una condición “sine qua non” las experiencias que se adquieren en los ateneos Anatómo – clínicos”¹.

¿De vocación se nace o uno se hace?

“Mi vocación por la Medicina Clínica, conocida también como Medicina Interna recién afloró cuando yo cursaba el 4° año de mi carrera, año en que comencé a asistir como practicante a la sala 8, de mujeres del Hospital Nacional de Clínicas, cuyo profesor titular era el eximio internista y cardiólogo, el Dr. Gregorio Martínez.

Allí me conecté con médicos talentosos que me enseñaban la medicina siempre al lado del enfermo, método de aprendizaje y de acumulación de experiencia que mantuve siempre como docente.

¿Se preguntarán ustedes si mi ingreso como alumno a la Facultad de Medicina fue por vocación? No. Cuando en aquella época, la década del 30 del siglo pasado, terminado el bachillerato,

al estudiante le ofrecían tres caminos: o ser abogado, o ser médico, o ser ingeniero civil.

Y aquí viene lo anecdótico. Nunca pretendí ser abogado, y por tanto debía seleccionar o Medicina o Ingeniería Civil. En el 6° año de mi bachillerato en el centenario Colegio Nacional de Montserrat, enseñaba Matemática Superior el Ingeniero Julio de Tezanos Pinto, que era a la vez Decano de la Facultad de Ingeniería. Como yo había obtenido en todas las pruebas y en el examen final el promedio más alto, 10 puntos, Tezanos Pinto me aconsejaba muy a menudo, que yo debía ingresar a la Facultad de Ingeniería. En 1938, después de cumplir los tres meses de enero, febrero y marzo con el Servicio Militar como aspirante a oficial de la reserva, como era la disposición oficial en aquella época para los estudiantes, justo el primer día de abril llené la solicitud de ingreso a la Universidad, sin definir a que facultad quería ingresar.

Con la solicitud me dirigí a la Facultad de Ingeniería. Allí en un aula se estaba tomando examen de Álgebra Superior, materia del primer año. El tribunal lo integraba el Ingeniero Centeno a quien lo conocíamos en el Monserrat como la “vieja Centeno”, de carácter avinagrado y muy exigente. El otro miembro, un profesor cincuentón y algo obeso, miembro de la Sociedad de Córdoba, a quién conocían los estudiantes como el “cabezón Deheza”. Ambos se paseaban por el aula, repleta de alumnos, mientras casi al mismo tiempo se dirigían al pobre estudiante que estaba rindiendo con estas palabras poco estimulantes: “borre, eso está mal”. El estudiante con el rostro de un condenado a muerte, borraba con una mano y con la otra limpiaba su frente, muy transpirada, con su pañuelo.

Todos sus compañeros, sentados, observaban la escena y sus rostros hacían recordar a los que se veían antes, hace muchos años, en los velorios de Córdoba.

Ese espectáculo me impactó. Di media vuelta y me dirigí a la Secretaría de la Facultad de Medicina, ubicada en esa época en un caserón en la calle Caseros, Frente al Rectorado y a la Facultad de Derecho, donde presenté mi solicitud de ingreso, y desde entonces comenzó la otra etapa de mi vida donde recién reconocí mi vocación.”²

Mi vivir y sentir con el Profesor Manzur, en primera persona.

Lo conocí cuando cursé Semiología en el año 1962. La materia se dictaba en el Hospital del Valle en el Barrio Aeronáutico.

Sus clases teóricas eran muy esperadas, en tiempos de tiza y pizarrón. El desarrollo ordenado, basado

en la explicación de los síntomas y los signos de las enfermedades y su agrupamiento en síndromes clínicos, todo fundado en los mecanismos fisiopatológicos que los originaban, nos cautivaban. Además, tenía la particularidad de introducir sorpresivamente, relatos de su experiencia como médico joven, siempre risueños y con un humor inteligentemente medido.

La actividad práctica seguía a continuación y consistía en la Revista de Sala. Era allí donde su saber afloraba en toda su magnitud frente a cada paciente internado.

Su capacidad para realizar un diagnóstico certero era lo más destacable. Seguramente la observación clínica basada en un profundo conocimiento, experiencia y juicio crítico eran las bases fundamentales para el logro de esos resultados.

Cuando estudiantes y médicos de Sala nadábamos en un mar de incertezas frente a un determinado Caso Clínico, con un par de preguntas sencillas ordenaba y echaba luz sobre la orientación diagnóstica, que consolidaba con maniobras semiológicas apropiadas.


Volví a tenerlo felizmente como Profesor de Clínica Médica, materia que se desarrollaba en la Clínica Hospital Reina Fabiola en Boulevard Junín esquina Independencia. (actual Bv. Illia esquina Independencia).

Nos enseñó Medicina y que el saber no es innato. Se corresponde con mucho esfuerzo y horas de estudio. Nunca desde un pedestal. Siempre próximo.

Su juego desafío era: ¿de qué quieren que les hable hoy? Notable!!!!

Para muchos de nosotros fue el mejor Profesor de Medicina de la UCC entre otros grandes profesores de la Facultad.

Un Gran Maestro de la Medicina de Córdoba, mi Maestro.

Prof. Dr. Miguel Ángel Imwinkelried 
(Profesor Consulto – Facultad de Ciencias de la Salud- Universidad Católica de Córdoba.).

Agradecimiento

Expresamos nuestro Agradecimiento a la **Dra. Sara Manzur**, por el aporte y colaboración en la Semblanza.

Referencias

1. Conferencia. Jornadas Multidisciplinarias de medicina Interna, septiembre 2004.
2. Conferencia dictada en el Rotary Club Córdoba en honor a los 60 años de ejercicio de la medicina, mayo 2005.

